



ARQ

ISSN: 0716-0852

revista.arq@gmail.com

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

Lübbert, Orlando

Taxi para tres: un filme santiaguino

ARQ, núm. 50, marzo, 2002, pp. 28-29

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=37505009>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Transmitir en sus imágenes lo que se vive y respira en Santiago es una de las principales características de esta película chilena. El director Orlando Lübbert, desde su posición de arquitecto, mira el pasar cotidiano de sus protagonistas y cómo ellos se relacionan con otro personaje menos aparente: la ciudad que les sirve de escenario.

One of the main issues about this Chilean movie is its capacity to communicate through its images the experience of living and breathing in a city like Santiago. From his architectural background, Orlando Lübbert, the movie director, looks at its main characters as they deal with a less apparent one, the city itself the place where the action unfolds.

“Taxi para Tres”, un filme santiag

por
Orlando Lübbert

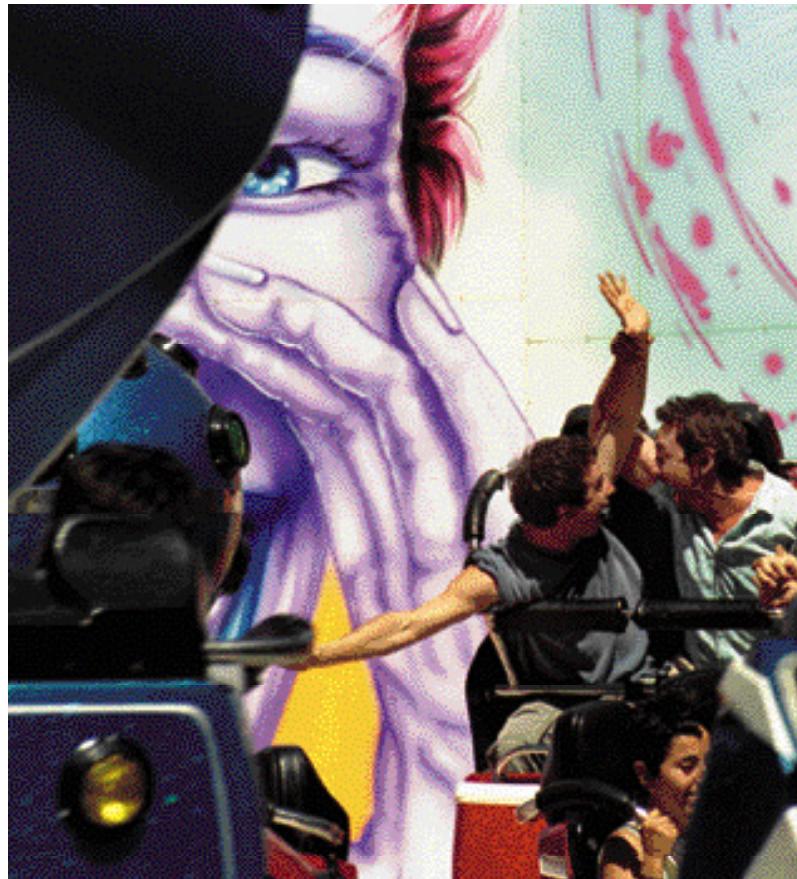
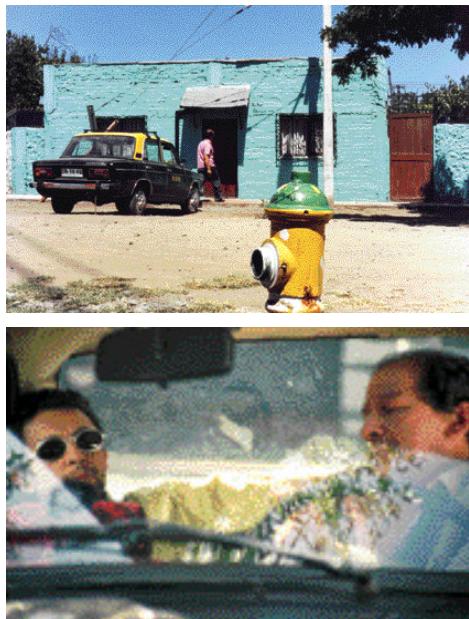
Las pieles

Es fácil involucrarse con la ciudad al hablar de “Taxi para Tres”. Santiago es la cuarta gran cáscara de sus protagonistas después de la vestimenta, del taxi y la casa del taxista. Parece casual, pero todo fue parte del relato, todo se tejió para darle a este film su identidad. Yo no estudié cine, yo estudié Arquitectura y me gusta mucho hablar de una película como de una casa, ambas hay que recorrerlas, en ambas se vive, ambas obedecen a un complejo sistema de prioridades, ambas tienen entradas y salidas, ambas ocupan espacios, ambas se viven secuencialmente. Podríamos seguir, a lo mejor todo no es más que el pretexto que me busqué para pasar de una actividad a la otra.

Santiago, la ciudad segregada en la que virtualmente podemos viajar en pocos minutos de Dallas a Bangladesh, es el escenario de la odisea de Ulises, el taxista urgido por sus deudas que con una precaria red se equilibra por la delgada cuerda de la moral teniendo como espectadores

hilando el taxi a través de su dramático recorrido en una especie de *road-movie* urbano. Se trataba de cáscaras, de pieles y yo pienso que existe una piel, la de la ciudad, que sólo existe y se siente cuando nos asumimos como habitantes y ser habitante es conocer el lugar donde vives, con todos sus vericuetos. Para Chavelo y Coto, dos de los protagonistas, la ciudad es el coto de caza natural, se meten en ella cuando hay que ir a resolver el viejo problema de la subsistencia. Y me parece muy halagador que se capte esto: que así como hay una historia con varios pisos narrativos, hay estas capas como en la cebolla, que nos ayudan a vernos en una dimensión más rica y sensible. Y si es cierto que el mundo popular, que a la vez es el mundo de lo precario, no existe en nuestro imaginario más que como el trasfondo ineludible de la crónica roja que nos presenta la *tele*, para nosotros es la cara más visible del “mundo de la necesidad”, que alimenta los conflictos y los temas de este “Taxi para Tres”.

paisaje de la miseria, disimulado desecho, pero de calidad. El oídos sensibilidad para captar en sus voces tan importante de la vestimenta, el vestuario tremadamente genuino. A algunos me preguntaron si esos colores eran de verdad, impactados por la fuerza que irradiaban el Coto y el Chavelo, que es la totalidad la que genera la fuerza, pero mientras más me metía en la película más veía el trabajo de los actores en sus detalles y en su ojo certero. El decorado casi no existió, decidieron que no había que intervenir demasiado, adaptándonos nosotros a lo que ya estaba, como mantuvimos en su establecimiento de nuestro amigo taxista Sergio, sus muebles, sus objetos decorativos, la casa de la vendedora, mejor dicho, que fue trabajado más que nada con amor, algo kitsch y con ropas de cama de colores, la tonalidad rojiza general de la



abofetea a la vendedora en el almacén caigan estruendosamente al suelo los tarros de duraznos en conserva "que ya nadie compra", pero que Ulises devora con la misma pasión con que devora a la vendedora.

La frontera invisible

El trío de taxista y delincuentes, unidos por una especie de *joint venture*, pasan la frontera invisible que divide al *barrio alto* del resto del mundo: se han vestido mejor, porque como buenos chilenos saben que la apariencia lo es todo allí a donde van.

En nuestra historia, Coto mira los edificios con asombro, a lo mejor Ulises logra pagar su Lada y Chavelo demostrar que no son rascas. Puede ser una exageración el asombro de Coto, pero es creíble; de alguna manera yo quería insinuar la obscenidad que aún tiene el paso de la frontera invisible. La feroz estratificación social, clasista y excluyente, ha cuadriculado la ciudad en nuestras mentes y forma parte de un sentido

el rodaje supe que había llegado el momento de hablar del color que iba a tener "Taxi para Tres". Era verano y el verano en Lo Hermida, Cerro Navia, Pedro Aguirre Cerda y Pudahuel es amarillo tirando a ocre. La hora mágica, es decir, cuando el sol pega casi horizontal o ya ha desaparecido, potencia los azules y apastela todo quitándole los contornos duros a las cosas, haciendo muchas veces del fondo una pintura impresionista.

La marginalidad de Santiago es amarilla y tremadamente polvorienta, así como el verde a ultranza es el monopolio de los santiaguinos más ricos. Sin embargo, es en esos barrios pobres donde podemos encontrar aquellos patios con parrones y plantas en tarros colgantes que hablan de la cultura campesina de la sombra que, como un resabio de lo andaluz que tanto nos toca, aún persiste en la marginalidad santiaguina. Nos moveríamos pues dentro de una gama de amarillos y rojos con sombras impertinentes de acacias y parrones que bailarían por los rostros de

siempre el tema de los horacitos que debían partir muchas veces nocturnas.

Recuerdo que una tarde nos hicieron cinco planos para cumplir el rodaje, apenas una hora y media de trabajo y demasiados planos rezagados, para resolverlo todo en un solo plan de rodaje, un *dolly* sobre rieles bien pensados y bien ensayada.

La escena es aquella donde Ulises entra al patio y ve a su familia pintando la casa. Ese plan lo hacemos las ocho y media de la noche, desde los techos los últimos planos para dejarlos caer por entre los techos de la escena en el patio, tardamos una media hora y la sacamos lista para los últimos *conchos* de luz. El color verde esmeralda que pinta la fachada de la casa del taxista es el que se ha escogido de manera